

verá Inglaterra á tener aliados en el continente.»

El emperador causó en cuantos le oyeron el efecto que deseaba, porque su lenguaje era sincero, y decia la verdad al asegurar que no queria la guerra, pero que la haria de un modo terrible si le obligaban á emprenderla otra vez. Sin dejar de pensar que se la habia atraido con su conducta en España, todos juzgaron que Austria cometia una imprudencia de bulto, y se asustaron por la causa de la Europa de las consecuencias á que iba á esponderse aquella córte.

Desde la entrevista celebrada en Erfurt se habia retenido en Francia, ya con un motivo ya con otro, á Mr. de Romanzoff, ministro de Negocios extranjeros de Rusia, y que, segun hemos dicho mas arriba, se habia trasladado á París en pos de Napoleon para vigilar por sí mismo las negociaciones que iban á entablarse con Inglaterra, y apresurar hasta donde fuera posible la adquisicion de las provincias del Danubio. Una vez frustrada la negociacion con Inglaterra, pudo haber marchado á San Petersburgo Mr. de Romanzoff, á fin de reunirse con su jóven soberano, que le aguardaba con viva impaciencia; pero un motivo, hijo de sus comunes deseos, habia retenido á Mr. de Romanzoff. Dijéronle en París que solo necesitaba dos meses para terminar los asuntos de España, volver el rey José á Madrid, coronarle allí de nuevo, obligar á los ingleses á embarcarse, é inspirar á la Europa pensamientos de resignacion en vez de ideas de resistencia respecto á los designios formados en Erfurt. Podia, pues, haber un interés verdadero en retardar todavía la iniciativa que se trataba de tomar en Constantinopla tocante á Moldavia y Valaquia,

puesto que si Napoleon salia completamente victorioso, Austria no se atreveria á emprender una nueva lucha, la Inglaterra no hallaria aliados en el continente, los turcos no los encontrarían ni en tierra ni en mar, y sin conflagracion europea, Rusia adquiria las provincias del Danubio, así como estaba próxima á adquirir la Finlandia por medio de una guerra, local enteramente y de muy limitada importancia. Este motivo valia la pena de hacer un nuevo esfuerzo de paciencia, porque, así como así, la tardanza solo era de dos meses, y Mr. de Romanzoff creyó útil pasar estos dos meses cerca de los sucesos cuyo resultado aguardaba. Entre tanto observaba con cuidado al coloso, de quien la Rusia era por algun tiempo cómplice mas bien que aliada, estudiaba su fuerza pasagera ó durable, trataba de apreciar el valor de los mil rumores repetidos en San Petersburgo por los ecos de la diplomacia europea, y vivia en la espera en medio de una nube de incienso, porque la córte imperial habia recibido orden de colmar de atenciones al antiguo ministro de Catalina y que en la actualidad lo era de Alejandro, orden obedecida con mas facilidad que ninguna otra en un pueblo como París, que tanto gusta de agradar cuando no se complace su orgullo en ofender.

Mr. de Romanzoff pasó en París dos meses primero y despues tres, sin advertir el tiempo que iba trascurriendo, y procurando calmar la impaciencia de su soberano, que continuamente le instaba para que regresase. Napoleon cumplió su palabra, pues en dos meses habia dispersado los ejércitos españoles como el viento disipa el polvo, arrojado á los ingleses del continente español, y vuelto á llevar á

Madrid su hermano; sin que nadie se figurara, no obstante, que la guerra de España era un asunto terminado. No era esto lo que él esperó ni lo que prometió sobre todo, pues no podía ya lisonjearse con realizar las grandes adquisiciones proyectadas en Oriente con un simple acto de voluntad. Apenas llegó Napoleón, vió á Mr. de Romanzoff, ejerció sobre él su acostumbrado poder de fascinación, le pintó allá en su imaginación cuanto no había hecho con las armas, se manifestó furioso de ver intervenir otra vez al Austria en el momento decisivo para arrebatarse los ingleses de las manos, porque, al decir suyo, si los hubiera perseguido en persona, no se habría salvado ni uno siquiera, y en fin, se mostró resuelto á tomar por semejante falta de fé (recordaba sin cesar las promesas que le habían hecho en el campamento de Urschitz) una venganza que resonara. Confiando, como confiaba, en los medios inmensos que le quedaban, no se presentó á los ojos del representante de Rusia ni como farrón ni como obsequioso, sino firme y positivo, exigiéndole el cumplimiento de los compromisos contraídos en Erfurt, como hombre dispuesto á batirse todavía con todo el mundo, lo mismo con los que le faltasen á la palabra atacándole, que con los que le faltaran no ayudándole despues que á ello se habían comprometido. «Si vuestro emperador, dijo á Mr. de Romanzoff, hubiera seguido mi consejo en Erfurt, no nos hallaríamos hoy como nos hallamos: si en lugar de simples exhortaciones, hubiésemos apelado á amenazas serias y formales, Austria hubiera procedido al desarme; pero hemos hablado en vez de obrar, y quizá vayamos á tener la guerra; yo porque quiero acabar de una vez en

España, y vosotros porque queréis terminar en Finlandia y principiar en Turquía. En todo caso, cuento con la palabra de vuestro amo, el cual me ha prometido poner á mi disposición un ejército, si el gabinete de Viena se convierte en agresor. Que cumpla sus promesas; que dé mas actividad á la guerra de Finlandia de modo que acabe de una vez para siempre con esa potencia que, á pesar de su pequenez la tiene apurada; que ponga un ejército suficiente en el Danubio á fin de frustrar para con los turcos todas las intrigas de los austriacos y los ingleses coligados: que ponga, en fin, otro ejército respetable en el Alto Vistula para que el Austria comprenda que con nosotros no se juega. En cuanto á mí voy á reunir en el Danubio y el Pó trescientos mil franceses y cien mil alemanes, y probablemente su presencia obligará al Austria á dejarnos en paz, lo cual desearé mas por vosotros que por mí, pues en este caso tendreis la Moldavia y la Valaquia casi sin disparar un tiro, y yo podré acabar de someter la Península sin necesidad de nuevos gastos. Si estas demostraciones no bastan, si es preciso emplear la fuerza, derribaremos para siempre cuanto se oponga á nuestros comunes proyectos. Pero seamos aliados tanto en la paz como en la guerra; seámoslo con franqueza, y de un modo positivo, esto es lo que he prometido, lo que á mí se me ha ofrecido, y lo que espero.» A este lenguaje de un hombre que por nada se intimidaba, agregó Napoleón las atenciones que eran menester para completar el efecto que queria causar, y obtuvo de Mr. de Romanzoff las declaraciones mas satisfactorias. Este no disimuló el pesar que le causaba ver espuesta la Rusia á un rompimiento

con el Austria, aumentada la dificultad de las adquisiciones proyectadas en Oriente con todas las dificultades que la política francesa encontraba en Occidente, estendiéndose, en una palabra, en vez de estrecharse el círculo de la lucha; pero reconoció la necesidad que había de hablar enérgicamente á Viena para evitar la necesidad de obrar; convino en que sería preciso añadir á las palabras algunas demostraciones si se quería que aquellas fuesen eficaces, y prometió en consecuencia que Rusia pondría un ejército en Galicia que estuviese pronto á tomar ó el camino de Praga ó el de Olmutz, los cuales conducen á Viena.

Satisfecho Napoleon de Mr. de Romanzoff, y queriendo probarle hasta qué punto deseaba la paz, y no la guerra, emitió la idea de ofrecer al Austria la doble garantía de Francia y Rusia para la conservación de sus estados actuales, garantía que debía tranquilizarla completamente si era verdadero el temor que decía haber concebido respecto á si propia de resultados de los acontecimientos de Bayona. Efectivamente, si en los motivos que impulsaban al Austria sólo entraba el temor personal, podía darse por contenta con la idea de esa garantía, evitándose quizá la guerra. A si es que Mr. de Romanzoff la acogió como asunto que debía comunicarse inmediatamente lo mismo á su córte que á la de Viena.

A sus conversaciones con Mr. de Romanzoff añadió Napoleon mil atenciones delicadas, como la de acompañarle á las fábricas de Gobelins, Sevres y Versalles, enseñándole por todas partes las maravillas de su imperio, y queriendo á cada instante hacerle algun regalo, hasta tal punto, que segun

decía el mismo Mr. de Romanzoff, ya no se atrevía á elogiar nada delante de un soberano tan magnífico, por temor de que le diese mas objetos ya de tapicería, ya de porcelana, ó armas de lujo.

Después de hacer lo que convenia con el embajador de su principal aliado, Napoleon usó un lenguaje tan útil como oportuno con los ministros de la Confederacion del Rhin, diciéndoles, y escribiendo á sus soberanos los reyes de Baviera, Sajonia, Wurtemberg y Westfalia, y á los duques de Bade, Hesse y Wurtzburgo, que no quería exponerlos á gastos prematuros exigiéndoles reuniesen inmediatamente sus tropas, pero que los invitaba á que preparasen la reunion, en vista de lo próximas que estaban las hostilidades: que era preciso, ya para evitar la guerra si aun era tiempo, ya para hacer que fuera afortunada, si es que era inevitable, ponerse en situacion de oponer la fuerza á la fuerza; que en cuanto á él, iba á reunir ciento cincuenta mil franceses é italianos en el Po, y otros tantos en el Alto Danubio; que contaba con cien mil alemanes, y que con estos cuatrocientos mil hombres evitaria la guerra, ó la haria decisiva, libertando para siempre á sus aliados de los amagos que Austria pretendia hacer con las potencias alemanas, dependientes ó sujetas en otro tiempo al yugo de su imperio. Escribió particularmente al rey de Baviera y al de Sajonia, pidiéndoles con toda formalidad reuniesen parte de sus fuerzas alrededor de Munich, Dresde y Varsovia. Desconfiando de Prusia, que podía sentirse con intenciones de imitar al Austria y tratar de reparar sus desgracias por medio de un acto de desesperacion, le notificó que como levantase un solo hombre mas de

los cuarenta y dos mil que estaba autorizada á reunir por tratados secretos, le declararia al instante la guerra. Por último, encargó á Rusia hiciese saber á Koenigsberg que el mas pequeño acto de hostilidad daria ocasion á una nueva lucha tan mortal para unos como para otros, si intentaba juntarse con Austria.

A estas manifestaciones, que debian ser tanto mas significativas cuanto que descansaban en precauciones no menos reales que aparentes, añadió Napoleon movimientos de sus propias tropas, que no eran sino la serie de combinaciones formadas y arregladas en Valladolid mismo. Estas combinaciones fueron tan vastas como lo exigian la situacion y el número de enemigos, tanto conocidos como desconocidos, con quienes debia habérselas bien pronto.

Mientras Napoleon permaneció en España, previendo que el Austria, aunque se intimidó al ver en Erfurt á los dos emperadores, aunque no estaba preparada del todo, y no se ballaba, en fin, tan escitada que fuese á perder todo asomo de prudencia, acabaria, sin embargo, por estallar en la primavera, cuidó con sumo esmero de que se ejecutasen sus órdenes, las principales de las que consistian en el llamamiento á las armas de las dos conscripciones autorizadas por el Senado en setiembre de 1808. Una de ellas comprendia á los conscriptos de 1810 alistados segun costumbre con un año de antelación, pero que no podian ser llamados antes del 1.º de enero de 1809, y solo debian servir en el interior aquel mismo año. Este alistamiento era de ochenta mil hombres, pero como, segun sus proyectos de organizacion, no eran bastantes, pensó

Napoleon en volver á las clases anteriores de 1806, 1807, 1808 y 1809, cada una de las cuales nunca dió arriba de ochenta mil hombres. Los ciento quince departamentos de aquella época no contenian una poblacion muy superior á la de los ochenta departamentos de hoy, pues mientras que el alistamiento presenta en la actualidad trescientos veinte mil jóvenes con la edad que exige el servicio, los ciento quince daban trescientos setenta y siete mil. Napoleon sostenia que era poco sacar ochenta mil hombres de trescientos setenta y siete mil, y que podia tomarse cien mil, es decir algo mas de la cuarta parte. De seguro se podia, pero con la condicion de no volver á empezar á menudo, porque no hay poblacion que no pereciera bien pronto si todos los años se le exigiese la cuarta parte de los varones entrados en la edad viril. Quiso pues elevar á cien mil la contribucion anual de la poblacion, lo cual le autorizaba, retrocediendo, á pedir un suplemento de veinte mil hombres á las clases anteriores. Esta idea tenia la ventaja de proporcionarle jóvenes mucho mas robustos que los que solia sacar, puesto que debian tener 20, 21, 22, y 23 años; mientras que los de 1810 solo contaban unos 18; pero era un inconveniente y grave arrebatarse á sus hogares hombres que podian creerse exentos del servicio, habiendo como ya habia proporcionado su contingente la clase á que pertenecian. Así, para disminuir el mal efecto de esta medida, se tuvo cuidado de añadir á la decision del senado que las clases anteriores á 1806 quedaban libres definitivamente, lo cual dejaba espuestas á nuevas levadas las infortunadas clases de 1806, 1807, 1808 y 1809. Para minorar todavia

mas el descontento, se renunció á sacar de sus casas los hombres que se hubiesen casado en el intervalo; pero esta atenuacion de la nueva medida calmó poco el disgusto de la poblacion, que veia pedir reemplazos todos los dias; y sucederse los alistamientos sin interrupcion. Por lo demas, á escepcion de algunos departamentos del O. donde un corto número de desobedientes volvió á empezar la vida de chuanes (1), y donde se reprimió la resistencia con tanta prontitud como severidad, la obediencia fué general, y una vez incorporada la gente en las filas, adquiria al instante el enérgico espíritu del ejército francés.

Era preciso emplear aquel numeroso ejército de reclutas, y sabido es que nadie á igualado á Napoleon en materia de organizacion. Hacia dos años que habia mandado se compusieran todos los regimientos de cinco batallones, pero diferentes causas habian impedido hasta entonces la completa ejecucion de esta medida; en primer lugar el número de conscriptos, que aun no era suficiente, y que solo iba á serlo por la llegada á los cuerpos de los ciento sesenta mil hombres recientemente llamados al servicio; en seguida el costo, que no podia dejar de ser grande; y en fin, la movilidad de los regimientos que mudaban de parage á cada paso y empleaban el tiempo, cuando no peleaban, en trasladarse del Vistula al Tajo, ó del Pó al Ebro. Por estos motivos, la mayor parte de los regimientos se ocupaban aun en la formacion del cuarto batallon, y casi ninguno habia formado el quinto.

(1) Nombre dado á los insurgentes de la Vendée.  
(N. del T.)

Con enviar á España tres cuerpos del grande ejército: los del mariscal Victor (en otro tiempo primer cuerpo), del mariscal Mortier (en otro tiempo quinto cuerpo), del mariscal Ney (en otro tiempo sexto cuerpo), y las tropas que habian formado el cuerpo del mariscal Lefebvre, y ademas todos los dragones; con separar del ejército de Italia tropas suficientes para triplicar el ejército de Cataluña, Napoleon se debilitó mucho por la parte de Alemania, sobre todo en cuanto á soldados veteranos. Quedábanle bajo el título de ejército del Rhin, y á las órdenes del mariscal Davout, seis divisiones de infantería, las brillantes divisiones Morand, Friant y Gudin (que antiguamente compusieron el tercer cuerpo); la excelente division Saint-Hilaire, que habia formado parte del cuerpo del mariscal Soult; la famosa division de granaderos y cazadores de Oudinot, que se hallaba en la actualidad en Hanau; la division Dupas (esta solo se componia de dos regimientos, que con los holandeses guardaban las ciudades anseáticas); catorce regimientos de coraceros, tropa incomparable, á la cual no habia podido hacer frente ninguna infanteria europea; y en fin, diez y siete regimientos de caballeria ligera, la mejor del mundo por su destreza, y una artilleria formidable. Era preciso agregar á éstas fuerzas las dos divisiones Carra Saint-Cyr y Legrand, que habian pertenecido al cuerpo del mariscal Soult, y se dirigian á la sazón hácia Paris para hacer una demostracion por la parte del campo de Boloña, y las dos divisiones Boudet y Molitor, que habian permanecido mucho tiempo sobre el Elba como núcleo del ejército de reserva en 1807, y conducidas despues á Leon en la suposicion de

una expedición, siempre proyectada, mas nunca llevada á cabo, contra Sicilia. Aquellas brillantes tropas, las mejores de Europa, no pasaban, sin embargo, de ciento diez mil hombres, despues de descartar todos los soldados que no podian hacer el servicio ó por su edad ó por sus heridas: y no era con semejantes fuerzas con lo que podia Napoleon reducir á la obediencia la casa de Austria, por muy buenos que fuesen los soldados de que se componian. Hé aqui como resolvió aumentarlas.

El ejército del Rhin comprendia veinte y un regimientos de infantería que habian recibido sus tres batallones de guerra desde que se habia empezado á formar cuartos batallones. Asi que tuviesen cuatro, lo cual sucederia con la creacion de los quintos batallones, aquel ejército del Rhin debia presentar ochenta y cuatro batallones, ó sean setenta mil hombres de infantería. No habia las mismas razones para que existiese el cuerpo de Oudinot, compuesto de compañías de granaderos y cazadores, tomadas en su origen de los regimientos que no formaban parte del ejército activo. Efectivamente, ahora que los regimientos obraban á tanta distancia de sus depósitos, teniendo á un mismo tiempo batallones en Alemania, Italia y España, se hacia difícil desmembrar las compañías de preferencia para enviarlas tan lejos. Teniendo además en la guardia imperial una tropa escogida, que cada dia iba recibiendo mas desarrollo, no se veia reducido Napoleon como en otro tiempo á proporcionarse una reuniendo compañías de granaderos y cazadores. Ocurriósele, pues, simplemente convertir el cuerpo de Oudinot en cuatro batallones reunidos, los cuales se sacarian de los

regimientos á que pertenecian, y como aquel cuerpo contenia veinte y dos compañías de cazadores y granaderos pertenecientes al ejército del mariscal Davout, se los envió para que sirviesen de núcleo en la formacion de los cuartos batallones, los cuales debian completarse con las compañías de fusileros que iban á salir cuanto antes de los depósitos diseminados en Alsacia, Lorena y Flandes. Las demas compañías de preferencia del cuerpo de Oudinot, pertenecian á treinta y seis regimientos que habian pasado de Alemania á España, y tambien resolvió Napoleon formar con estas compañías el núcleo de otros tantos cuartos batallones, que por entonces servian en Alemania, á donde se habian trasladado recientemente, sin perjuicio de aproximarlas mas tarde á España, si sus regimientos continuaban sirviendo alli. Las compañías de fusileros debian ir saliendo de los depósitos esparcidos por el N. y el E. de la Francia. Estas tropas debian distribuirse en tres divisiones de doce batallones cada una, formando un total de treinta mil hombres de infantería,

Las cuatro divisiones Carra Saint-Cyr, Legrand, Boudet y Molitor comprendian doce regimientos compuestos cada uno de ellos actualmente de tres batallones de guerra; pero pronto debian tener cuatro, lo cual constituiria cuarenta y ocho batallones, y proporcionaria cerca de treinta mil hombres. De este modo podia subir el ejército del Rhin á ciento treinta mil hombres de infantería, sin contar los cinco mil de que se componia la division Dupas. De la gran leva mandada ejecutar, quiso tomar Napoleon suficientes mozos para hacer que todos los regimientos de caballería tuviesen mil

cien hombres, con lo cual no podían faltarles novecientos combatientes. Los catorce regimientos de coraceros contaban sobre las armas once ó doce mil ginetes; pero tenía esperanza de que ascendiesen á trece ó catorce mil vivos y efectivos, tomando de los depósitos todo lo que en ellos había disponible. El número efectivo de los diez y siete regimientos de caballería lijera se proponía estenderlo hasta catorce ó quince mil ginetes. También resolvió sacar partido de los veinte y cuatro regimientos de dragones que había empleados en España, fuerza mas que suficiente para las necesidades de aquella guerra, atendiendo sobre todo á lo que exigían las demas guerras que se preparaban en el Norte de Europa; además de que estaban atestados los depósitos de dragones recién formados, que Napoleón creía en aquel momento mas útiles en Alemania que en España. Mandó, pues, al E. M. de Madrid que devolviese al depósito el cuadro del tercer escuadrón de campaña, embebiendo en los dos primeros escuadrones los hombres aptos para el servicio, con lo cual quedaba poco mas ó menos la misma fuerza efectiva en España, y se proporcionaban cuadros para utilizar los ginetes ya formados en los depósitos. Su proyecto era ir sacando de estos para el cuadro de los terceros y cuartos escuadrones todos los hombres instruidos y enviarlos en seguida á Alemania, componiendo con estos cuarenta y ocho escuadrones doce regimientos provisionales de dragones de cuatro escuadrones cada uno. Los depósitos de dragones estaban esparcidos por el Langüedoc, la Guyena, el Poitou y Anjou. De este modo esperaba tener Napoleón primero tres mil, luego seis, y hasta doce mil dragones, así

que la conscripción suministrase la gente necesaria. Podía en consecuencia contar antes de dos meses con trece ó catorce mil coraceros, con catorce mil húsares y cazadores, y con tres mil dragones, casi todos veteranos, es decir, treinta mil hombres de caballería. Con ciento treinta mil hombres de infantería, treinta mil de caballería, veinte mil de artillería, cinco mil de la division Dupas, y de quince á veinte mil de la guardia, se prometía reunir doscientos mil franceses en Alemania, los cuales con cien mil alemanes y polacos auxiliares debían asegurarle trescientos mil combatientes en el Danubio.

El mismo sistema de formación iba á proporcionarle cien mil en Italia. Tenía allí Napoleón doce regimientos de infantería, cuya formación en cuatro batallones estaba casi concluida, habiéndose empezado á formar el quinto. Componían dichos regimientos cuatro divisiones, con nueve á diez mil hombres cada una, comprendiendo la artillería. Hallábase la primera en Udino, la segunda en Trevisa, la tercera en Mántua, y la cuarta en Bolonia. Habíase mandado venir del ejército de Dalmacia los terceros batallones de los ocho regimientos que lo componían, destinando los hombres válidos á los dos primeros batallones, y trayendo solo el cuadro del tercero, lo cual no había debilitado de un modo sensible la fuerza efectiva asignada á la guarnición de aquella provincia remota. Por medio de estos ocho cuadros de terceros batallones, y de la creación de otros ocho que resultaban de la nueva organización, se habían reunido diez y seis batallones de infantería, que formaban en Pádua una quinta division, compuesta de doce mil hombres por lo

menos. Debíase la nueva formación y que todo lo á ella relativo estuviese mas adelantado que en otras partes, al descanso de que disfrutaba el ejército de Italia, y al cuidado que habia tenido Napoleón de señalarle en cada conscripcion la parte que le correspondia. En fin, con algunos terceros y cuartos batallones del ejército de Nápoles y dos regimientos enteros sacados del mismo Nápoles, se habia compuesto una bonita division que á las órdenes del general Miollis guarnecía los estados romanos. Napoleón habia mandado á Murat, convertido en rey de las Dos Sicilias, que distribuyese su ejército en dos divisiones, una de ellas situada entre Nápoles y Reggio, y la otra entre Nápoles y Roma, de manera que pudiendo esta en caso necesario destacar una brigada sobre Roma, quedase disponible la division de Miollis. Estaban harto ocupados los ingleses en España, y debian estarlo bastante en el litoral germanico si volvia á encenderse la guerra en el Norte, para que nos causaran inquietud las tentativas que hiciesen contra el Mediodia de Italia. Podia, pues, reunirse seis divisiones que constasen de unos cincuenta y ocho mil hombres de infantería, la mayor parte de ellos soldados veteranos que hacia mucho tiempo no se habian batido, y tenian grandes deseos de volver á emprender el oficio. Cinco regimientos de dragones y otros cinco de húsares y cazadores, lo cual era suficiente en Italia, ofrecian escarvando en los depósitos, un nuevo recurso de ocho mil hombres de caballería, y con seis mil de artillería, estábamos seguros de tener un ejército de setenta y dos mil franceses. Agregando á ellos de diez y ocho á veinte mil italianos, y caso de marchar adelante, diez mil

franceses de la Dalmacia, se podia contar en Italia con unos cien mil hombres, los cuales era fácil trasportar á Alemania. Estas fuerzas reunidas infundian seguras esperanzas de destruir á la casa de Austria con cuatrocientos mil combatientes.

Estas formaciones decretadas mientras Napoleón estaba en España, es decir, en noviembre y diciembre de 1808, y aceleradas en enero de 1809 mientras estuvo situado en Valladolid, recibieron mas actividad que nunca con su regreso á Paris; pero si se efectuaba rápidamente la llegada de los mozos á los depósitos, avanzaban con mayor lentitud otras partes de la organizacion. El material de equipo, en cuya confeccion siempre se tarda, la instruccion que no se improvisa, y la formación de los nuevos cuadros que exigia gran número de oficiales, sargentos y cabos dotados de capacidad, dejaban mucho que desear. Es verdad que bajo este último aspecto ofrecian nuestros veteranos ejércitos á Napoleón grandes recursos; pero era preciso reunir los elementos de estas diferentes creaciones que habia esparcidos, y aunque las cosas por su naturaleza se prestan mejor al hombre de genio no se someten absolutamente. Podrá emplear el tiempo mejor que otros, pero jamás prescindir de él. Dos ó tres meses con que se contaba todavía no eran suficientes, y debia temerse no estar preparados, si la guerra estallaba demasiado pronto.

Los depósitos habian suministrado á las divisiones del ejército del Rhin, asi como á las cuatro de Carra Saint-Cyr, Legrant, Boudet y Molitor, toda la gente disponible, de manera que estas divisiones tenian sus tres batallones de guerra muy completos, tanto en soldados aguerridos como en



jóvenes suficientemente enseñados; empero no marchaban tambien las cosas respecto á la organizacion de los cuartos batallones. Entonces fué cuando Napoleon sacó un gran partido de la guardia imperial; decidiéndose á confiarle diez mil concriptos de 1810, y de seis á siete mil de las clases anteriores, para que empleara los momentos desocupados en formarlos, lo cual tenia la doble ventaja de evitar en ella una ociosidad peligrosa, y propagar el escelente espíritu de que se hallaba animada. En Versalles, en París y en los pueblos circunvecinos era donde se dedicaba á esta obra tan útil, mientras que los soldados mas jóvenes de que se componia, servian en España á la vista del emperador. Habiendo llegado parte de los concriptos á ella destinados, la guardia en unos cuantos meses los había convertido en soldados que igualaban en instruccion y aplomo á los ya veteranos. Napoleon sacó de aquellos reclutas los hombres mas robustos y adelantados en su educacion militar, para convertirlos en compañías de granaderos y cazadores, que envió al cuerpo de Oudinot, á fin de que concuriesen en él á la formacion de los treinta y seis cuartos batallones de que debia componerse, en reemplazo de las veinte y dos compañías ya restituidas al ejército del Rin. Envió igualmente parte de estos granaderos y cazadores á los depósitos del ejército del Rin, para facilitar la organizacion de los cuartos batallones en aquel ejército. Apresuró al mismo tiempo la llegada é instruccion de concriptos, cuya educacion se debia tambien á la guardia, á fin de servirse de ellos para reclutar los cuerpos que no encontrasen en sus depósitos recursos suficientes. Envió en pos-

ta al general Mateo Dumas, oficial de E. M. inteligente, exacto y activo, á recorrer todos los depósitos del Mediodia; el Este y el Norte desde Marsella, Grenoble, Leon y Strasburgo, hasta Maguncia y Colonia, con encargo de hacer salir de ellos, sin esperar las órdenes del ministro de la Guerra, las compañías de fusileros que estaban ya dispuestas, y que debian servir para completar los cuartos batallones. Mandó ademas que asi que empezaran á llegar á los depósitos los ocho mil concriptos de 1810, los regimientos que tenian la delantera sobre los demas procediesen á la formacion de los quintos batallones, á fin de preparar elementos de una fuerte division en el interior y en las costas.

Los depósitos de caballería abundaban en hombres y caballos, porque Napoleon no había cesado de pensar en ellos y de consagrar fondos á la remonta. Dispuso que marcharan mas de tres mil coraceros, cazadores y húsares, y prescribió las disposiciones necesarias para que saliese pronto igual número. Mandó comprar doce mil caballos propios para la artillería, y preparar todos los trenes de esta arma. Ordenó al general Lauriston que añadiese á la artillería de la guardia una reserva de cuarenta y ocho bocas de fuego, comprando para ello en Alsacia mil ochientos caballos, que tomaria la guardia de paso con el material de dicha reserva. Por último, como si adivinara las grandes obras que iba á tener que hacer en las islas del Danubio, y previendo ciertamente el papel que este rio inmenso haria en la próxima guerra, mandó reunir ademas de las herramientas que acompañan por lo regular al cuerpo de ingenieros, un acopio extraordinario de azadones y palas, los cuales debian traspor-

tarse en pos del ejército en carromatos. Sacó además de Boloña un batallón de mil doscientos marinos, que agregó á la guardia. Como necesitaba sobre todo oficiales, sargentos y cabos para los nuevos cuadros, sin contar los oficiales tomados de la guardia, pidió 300 á Saint-Cyr. Quiso también escoger en los colegios, donde solo había adolescentes, y donde los mas avanzados en edad tenían de diez y seis á diez y siete años, á los que por un precoz desarrollo eran aptos para la guerra, y efectivamente sacó diez de cada gimnasio ó liceo. No se limitó á esta medida, sino que mandó á Mr. Fouché hiciera un nuevo censo de las familias nobles que vivían retiradas en sus haciendas sin tener ninguna clase de relaciones con el gobierno, á fin de alistar á sus hijos que quisiesen que no, y enviarlos á las escuelas militares. — «Si se quejan, escribía, direis que *así se me ha antojado;*» y añadió una razon menos disparatada, la de que no porque hubiese en el país lamentables divisiones, era justo que parte de las familias se sustrajese á los esfuerzos que hacia la generacion presente por la gloria y la grandeza de la generacion futura (1).

(1) He aquí esta carta estraordinaria, que es una de las que escribió cuando empezaba desde España mismo á mandar hacer los primeros preparativos.

Al ministro de Policía.

Benavente 31 de diciembre de 1803.

«Sé que las familias de los emigrados sustraen sus hijos á la conscripcion; manteniéndolos en una ociosidad lamentable y criminal. Es un hecho que las familias anti-

Tomó también algunos sargentos de los vélites y fusileros de la guardia, tropa ya muy aguerrida, aunque mas jóven que el resto del mismo cuerpo. Teniendo mucha caballería, y proponiéndose hacer gran uso de ella contra la infantería austriaca, hizo venir de España á los dos oficiales de aquel arma que mas apreciaba, los generales Montbrun y Lasalle, llamó al mariscal Lannes que se hallaba en Aragon y acababa de terminar el sitio de Zaragoza, y se llevó á su lado al mariscal Massena.

Sin querer cometer todavía ningun acto de hostilidad, porque hasta entonces no se habia permitido hacerlo el Austria; creyó sin embargo, útil acercar sus tropas al que suponía iba á ser teatro de la guerra, lo cual ofrecía dos ventajas, la de conducir las sin fatigarlas hacia los puntos de concentracion, y la de dar al Austria un aviso significativo, que quizá la haría reflexionar y volver al camino de la prudencia. En su consecuencia mandó que la division Dupas dejase las orillas del mar Báltico para acercarse á Magdeburgo; hizo que las tro-

guas y ricas que *no están por el sistema*, evidentemente están en contra. Deseo que mandéis formar una lista de diez de estas principales familias en cada departamento, y de cincuenta en París; haciendo constar la edad, los bienes de fortuna, y la calidad de cada uno de sus individuos, pues tengo la intencion de dar un decreto enviando al colegio militar de Saint-Cyr, los jóvenes pertenecientes á esas familias, que pasen de diez y seis años y no hayan cumplido los diez y ocho. Si hicieren alguna objecion, no hay sino contestarles que así se me antoja, porque la generacion futura no debe sufrir las consecuencias de los odios y mezquinas pasiones de la generacion actual. Si pedís noticias á los prefectos, hacedlo en este sentido »

pas polaco-sajonas remplazasen todos los destacamentos franceses que aun habia en Dantzig, Stettin, Custrin y Glogaut, ordenó al mariscal Davout que se encaminase de Sajonia hácia la Franconia, que fijase en Wurtzburgo su cuartel general, y dirigiese sobre Bayreuth una de sus divisiones; previno al general Oudinot que se trasladase con consentimiento del rey de Baviera, de Hanau á Augsburgo, á las divisiones Carra Saint-Cyr y Legrand que pasaron de las cercanías de París á los alrededores de Metz, y á las divisiones Boudet y Molitor que avanzasen de Leon sobre Strasburgo. Estos tres puntos de reunion, Wurtzburgo, Augsburgo y Strasburgo, debian ser para Austria sumamente significativos. Recomendó al principe Eugenio, no que hiciese acampar sus tropas, lo cual no permitia aun la estacion, sino que fuese reuniendo hácia el Frioul sus cuatro primeras divisiones, el material de artilleria y la caballeria, de modo que pudiese presentar en veinte y cuatro horas unos cincuenta mil hombres en batalla. Renovó á Murat la orden de llevar sus fuerzas hácia Roma, á fin de que quedara disponible la division de Miollis. Decidió armar todas las plazas de Italia, y acabar los trabajos mas urgentes en Osopo, Palma Nova, Venecia, Mantua y Alejandria. En fin, envió al general Marmont, que se hallaba mandando en Dalmacia, orden de concentrar su ejército sobre Zara, dejando únicamente en las bocas del Cattaro y en algunos puntos interesantes las guarniciones indispensables; de construir en Zara un campo atrincherado que se abasteciera para un año; y de prepararse alli de este modo ó á hacer frente durante muchos meses á fuerzas considerables, ó á mar-

char adelante para juntarse con el ejército de Italia.

A estas manifestaciones militares que no constituian aun actos ofensivos, añadió Napoleon una manifestacion diplomática, mandando al general Andreossy embajador en Viena, que dejase aquella capital no pidiendo sus pasaportes, lo cual hubiera parecido una declaracion de guerra, sino alegando que acababa de conseguir una licencia que tenia solicitada. Esta retirada disimulada proporcionaba á Napoleon, ademas de la ventaja de manifestar su descontento, la de suprimir una causa de irritacion entre los dos gabinetes, porque Andreossy odiaba á la córte de Viena, y esta le pagaba en la misma moneda. En su regreso debia recorrer todos los cantones austriacos, para poder dar á su llegada noticias exactas de los medios militares con que contaba el enemigo. Estas disposiciones tan activas y previsoras, prueban, por lo tanto, que Napoleon ponía tanto cuidado en evitar la guerra, como en prepararla. Desgraciadamente la guerra habia llegado á ser en él una necesidad fatal, gracias á su politica ambiciosa, cuando sus inclinaciones no se la brindaban ya como un placer.

A estos vastos preparativos era preciso adaptar los medios rentísticos. Ya hemos hecho notar que la guerra de España, disminuyendo desastrosamente las fuerzas militares de Francia, por medio de su dispersion, disminuía en igual grado, sus recursos rentísticos, por la escensiva multiplicacion de las causas de gasto. Aunque el haber creado la caja de servicio, y del tesoro del ejército, ponía á Napoleon al abrigo de todo apuro actual, los recursos empezaban, sin embargo, á no ser tan abundantes, y era facil preveer se acaba-